5.

La mañana, amiga de las musas. Una hipótesis sobre la lectura matutina a principios del siglo XIX

Matías Maggio Ramírez

> La obra que se escucha recitar o leer agradablemente seduce más que la que uno lee para sí mismo y en frío en su estudio; pero esta última manera es la lectura más útil, pues para recoger todo el fruto es preciso el silencio, el reposo y la meditación.
>
> "Lectura" en *Libro y lectura en la Encyclopédie*

INTRODUCCIÓN

"¿Son acaso igualmente propias para la lectura todas las horas del día?", se pregunta el fraile benedictino Nicolas Jamin (1784: 85-87) en el capítulo "De la lectura y del modo de leer" de su *Verdadero antídoto contra los malos libros de estos tiempos o tratado de la lectura christiana, en el que no solo se propone el método que se debe observar en la lectura de los buenos libros, a fin de sacar*

utilidad de ellos, sino que al mismo tiempo se descubre el veneno que ocultan muchos de los Modernos, manifestando los artificios con que procuran con aparentes razones difundir sus errores, y atraer a las gentes sencillas a diversos vicios y disoluciones. Dado a la prensa en francés en 1774, tuvo su traducción española diez años después, al cuidado del presbítero Gabriel Quijano. Los modos de leer, según el autor, están en íntima relación con los polos antagónicos que se presentan en el título de su obra. La lectura de libros cristianos necesita de mucha más atención de cuerpo y espíritu que los libros modernos y disolutos como los "libros de historia, las relaciones de viages, y las obras de pasatiempo". Los libros útiles edifican moralmente mientras que los modernos corrompen y envenenan. Las horas de la mañana habría que dedicarlas al estudio, a la lectura de los libros útiles, morales y de piedad "porque el espíritu está entonces más libre y desembarazado en sus funciones, menos distraído, y por lo mismo más apto a la reflexión", sostiene Jamin al remarcar que en París se dilata la hora del almuerzo hasta las dos o tres de la tarde para poder aprovechar el trabajo intelectual. ¿Esta costumbre parisina tuvo su correlato en la Buenos Aires revolucionaria?

Entre los libros que integraron el corpus fundacional de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en 1810, en formato *in octavo,* se encontraban de Nicolas Jamin los *Pensamientos teológicos* y el *Antídoto contra los malos libros*, según puede leerse en la transcripción del libro de donaciones publicado en 1944 en la *Revista de la Biblioteca Nacional*. La institución heredera de la Biblioteca Pública no cuenta con el ejemplar del *Verdadero antídoto*,[1] así como tampoco con registro alguno en sus catálogos de que estuvo en sus estanterías más allá del libro de donaciones. Se esfuma entonces la esperanza de toparse con *marginalias* y notas de los lectores dieciochescos que tuvieron el libro en sus manos. Pero, aun así, se puede imaginar cómo se representan las prácticas de lectura, siempre de forma conjetural, en textos seleccionados pertenecientes al corpus fundacional de la Biblioteca Pública. Indagar si las representaciones de las lecturas tuvieron cierta influencia en los lectores pertenecientes a la élite porteña ilustrada sería simplificar de manera causal un fenómeno múltiple y complejo. Se intentará rastrear las huellas sobre las lecturas que los sujetos dejan en distintos géneros discursivos, como los florilegios, cuadernos de extractos o de lugares comunes, y los reglamentos, para reconstruir estas escenas en tanto prácticas que se encarnan en gestos, cuerpos y espacios. Aunque la cita bibliográfica del libro leído no emerja a simple vista en estos discursos, tal vez se pueda escuchar en ellos el eco de lecturas lejanas como las rompientes de las olas en los caracoles.

1. El *Verdadero antídoto* se encontró también en bibliotecas mexicanas, ya que integró el fondo del Colegio de Propaganda Fide de Guadalupe y, en la actualidad, forma parte de la Biblioteca Elías Amador, donde se resguardan las bibliotecas coloniales de las órdenes religiosas establecidas en Zacatecas (Terán Elizondo, 2010: 137).

CÓMO LEER LOS INSTRUCTIVOS DE LECTURA

La elección de un catálogo bibliográfico como punto de partida implica conocer los distintos métodos y estudios que lo abordaron como fuente primaria. Las investigaciones pioneras en Argentina llevadas a cabo por José Torre Revello (1940) se centraron en cuestionar la leyenda negra española a partir del análisis de distintos inventarios bibliográfi-

cos. Al revisar los testamentos y documentos sucesorios así como listas de libros pedidos a libreros españoles, entre otras fuentes, Torre Revello sostuvo que los libros prohibidos por la abundante legislación ibérica circularon en América desde los primeros tiempos de la Conquista. La legislación no podía ser utilizada como la única fuente documental para narrar la Historia Cultural del libro en la antigua América española. Los estudios de Torre Revello fueron seguidos por el jesuita Guillermo Furlong (1969), aunque sin el rigor metodológico del histórico investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el Archivo General de Sevilla. La historia de las ideas políticas en Argentina, por ejemplo en la obra *Ensayo sobre el Río de la Plata y la revolución francesa* de Ricardo Caillet-Bois (1929), también indagó en los inventarios de bibliotecas para sostener la herencia jacobina francesa en el proceso revolucionario de Mayo. Esta utilización de las fuentes suponía que la posesión del libro implicaba su lectura y conocimiento. Se instauró en la historiografía clásica de la primera mitad del siglo xx una linealidad propia de la razón escrituraria por la cual "[...] el devenir histórico está organizado como una continuidad necesaria; [donde…] los hechos se encadenan y engendran en un flujo ininterrumpido que permite decidir que uno es 'causa' u 'origen' del otro" (Chartier, 2006: 20). El encanto de la causalidad cautivó a la historia de las ideas que fosilizó el cruce entre Ilustración y Revolución al suponer una relación directa y automática entre el pensamiento ilustrado y el proceso revolucionario donde se creyó posible "[...] deducir las prácticas de los discursos que las fundan y las justifican [...]" (Chartier, 2006: 29). A fines de la década del cincuenta, de

manera inusual para la práctica historiográfica argentina, Félix Weinberg (1977) publicó un estudio introductorio a una selección de textos leídos en el Salón Literario de 1837 sobre el rastreo que realizó en los diarios e impresos de la época acerca de los avisos periódicos para reponer el escenario de lectura de la librería. Fue unos de los primeros intentos de situar la lectura en un espacio físico por fuera de los márgenes de los libros.

La Historia del Libro y de la Lectura en Francia tuvo una fuerte impronta de los métodos estadísticos durante la década de los sesenta hasta entrados los ochenta del siglo pasado. Jacques Le Goff y Pierre Nora publicaron una compilación en tres tomos donde se actualizaba el estado del arte de las distintas ramas de la Historia a principios de 1970. El artículo que Roger Chartier y Daniel Roche (1980) presentaron en el tercer tomo de *Hacer la historia* daba cuenta de un cambio en el enfoque cuantitativo para la Historia del Libro y de la Lectura. La pasión por la cuantificación de los fenómenos históricos y sociales se aplicó en el ámbito del libro al interpretar el impreso como una mercancía cultural producida para el comercio y, por lo tanto, una de las maneras de historizarlo fue rastrear su circulación y presencia en bibliotecas de un territorio determinado. La ambición serial dejaba de lado particularidades propias del mundo del impreso, como sostienen los autores,

> La producción conservada no puede dar más que un reflejo deformado de la producción real en la medida en que la supervivencia del libro antiguo parece obedecer a leyes que privilegian, por ejemplo, el in-folio latino a costas del pequeño formato en francés; las demandas de permisos atestiguan un deseo de edición,

> no la realidad de la impresión, no permiten alcanzar los tirajes y sobre todo no dan ninguna pista sobre los libros clandestinos o simplemente tolerados que circulan a través del reino (Chartier y Roche, 1980: 124).

En aquel artículo se vislumbraba la importancia de la bibliografía material "[…] que ha transformado en objeto de indagación científica todo cuanto, la superficie del libro, retenía antaño la pasión del bibliófilo" (Chartier y Roche, 1980: 119), pero también se recordaba un dato nada menor al escardar un inventario. La mención de un impreso no implica su lectura así como tampoco su compra, ya que pudo haberse accedido a través del préstamo de una biblioteca pública así como por medio de otros lectores.

Roger Chartier (2002) volvió a reflexionar, a partir de sus propias investigaciones, acerca de cómo acercarse al mundo del libro. La propuesta se centró en un abordaje por partida triple: el texto, el impreso y los lectores. Las representaciones y escenas ficcionales de lectura que se inscriben en el texto no implican que de esa forma se leyera en el momento histórico en que se desarrolla el escrito pero sí informa sobre los valores y prácticas con los que se inviste la lectura. No existe texto por fuera de la materialidad que le da sentido, sostiene Chartier al retomar las enseñanzas de la bibliografía material (McKerrow, 1998; McKenzie, 2005; Gaskell, 1999), por lo que la puesta en página del texto así como las elecciones iconográficas, tipográficas y de encuadernación, entre tantas otras, por parte del librero-editor hasta los canales de circulación también recubren de significación al impreso. Los lectores, según Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (1998: 15), no se encuentran implícitos en el texto como una

operación intelectual abstracta. La lectura "[…] es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción en un espacio, la relación consigo mismo o con los demás". El giro cualitativo desde la mirada estadística implica para Chartier (2000: 162) que el historiador trabaje sobre discursos, sobre representaciones de la práctica, es decir sobre

> representaciones normativas en las artes de leer y los textos de condena; representaciones de una lectura apuntada, deseada, implícita, en los prefacios, prólogos y advertencias al lector; representaciones codificadas según las convenciones estéticas con las imágenes de los lectores y las lectoras propuestas por la pintura o los grabados; representaciones dirigidas por las tácticas del *self fashioning* en los testimonios de naturaleza autobiográfica (libro de familia, diarios, relatos de vida).

La propuesta de Chartier se encuentra ligada a la sociología de Pierre Bourdieu y de Norbert Elias; al trabajar con el concepto de *habitus* en tanto interiorización por parte de un sujeto del mundo social y de su posición en él, expresada por medio de sus maneras de clasificar, hablar y obrar. Experiencias y prácticas no es posible encontrarlas fuera de discursos que las organizan con su propia lógica, sostiene Chartier (1994: 143), aunque "las matrices que engendran estas prácticas que tejen la experiencia individual y colectiva son de otro orden". Por lo que el historiador tendrá que indagar en discursos descriptivos y de representación de la experiencia que se encontrarán encarnados en una materialidad con sus propias características y dinámicas de circulación en un espacio social. Tal vez influenciado por la microsociología

estadounidense, que tiene como máximo exponente a Erving Goffman (1997), Chartier (1994: 139) sostiene:

> representaciones que cada individuo, cada grupo y cada comunidad dan de sí mismos y su reconocimiento o no reconocimiento por parte de los otros grupos y comunidades, constituyen a su vez la realidad social, conforman un elemento esencial en este proceso dinámico de la construcción de los lazos sociales.

Robert Darnton (2008: 256) rastrea en la historia intelectual a partir de la década del sesenta cuando los franceses, atraídos por la historia social, "se lanzaron en busca de temas tales como la difusión de la ideología, la cultura popular y las *mentalités* colectivas", mientras que los ingleses se centraron desde la filosofía en el "análisis de los textos, de la intertextualidad y los sistemas lingüísticos que constituyeron escuelas de pensamiento". La vertiente francesa es caracterizada por los estudios de difusión. Esto se debe al especial hincapié en la cultura impresa que desafió, según Darnton, el canon de los autores consagrados y clásicos literarios al ampliar el espectro de estudio para incluir los géneros populares, el rol de los editores y de los libreros, así como la recepción y la lectura de los libros. Para el autor, el éxito del enfoque difusionista es tal que la influencia de sus investigaciones marcó los patrones que se siguen en todo Occidente, aunque no sin críticas. Este enfoque en la pluma de historiadores como Chartier, Jacques Revel y Arlette Farge, entre otros, mutó a una historia sociocultural para estudiar "las actividades culturales como fenómenos sociales sin reducirlos a la influencia de las ideas de la Ilustración" (Darnton, 2008: 258).

Peter Burke decidió compilar las reflexiones de los historiadores enrolados en la Nueva Historia para que presentaran su enfoque metodológico y realizaran un estado del arte en sus diferentes ámbitos disciplinares. Robert Darnton fue el encargado de estabilizar la variedad de métodos y fuentes que se suelen utilizar en la Historia de la Lectura. Para conocer la lectura en tiempos pasados, se aconseja pesquisar la bibliografía material, en tanto construcción proyectual de la maquinaria de lectura que prefigura su instancia de recepción, así como distintas fuentes documentales para "[...] estudiar cómo retratan la lectura las obras de ficción, autobiografías, escritos polémicos, cartas, pinturas y obras impresas contemporáneas a fin de descubrir algunas nociones básicas de lo que las personas creían que ocurría al leer" (Darnton, 1999: 193). Además, recomienda investigar cómo se aprendía a leer, así como también revisar los relatos autobiográficos en búsqueda de las prácticas lectoras. Por otra parte, reconoce la importancia de la crítica literaria que, en su entrecruzamiento con la Historia del Libro, comenzó a trabajar la lectura por fuera del texto, ya que es el lector quien otorga sentido al impreso. Igualmente se recomienda que al análisis textual, que rastrea al lector implícito en el texto, siempre se lo compare con los resultados de la investigación empírica sobre los gestos y prácticas de los lectores de carne y hueso.

Chartier (1999: 141) sostendrá que Darnton quiere "pruebas firmes para establecer los hechos y, aunque tiene bastante imaginación, no le gusta mucho la hipótesis de tipo imaginativo en la historia" pero, aun así, las fuentes propuestas para su análisis no tienen un grado semejante; es decir, la manera de probar no es la misma. Entonces, aquello que pueda establecerse será siempre conjetural.

En Argentina, las propuestas de Darnton se pueden encontrar en el *Imperio de los sentimientos* de Beatriz Sarlo (1985) donde, desde la crítica literaria, abandona por momentos el texto para rastrear los recorridos urbanos en búsqueda de las novelas de folletín por parte de las lectoras a principios del siglo xx. Alejandro E. Parada (1998 y 2012) supo abarcar el amplio espectro que va desde el análisis estadístico bibliométrico a partir de fuentes periodísticas como los avisos de libros, en su primera investigación *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, hasta la Historia de la Lectura con hipótesis creativas a partir del análisis de fuentes escriturarias como los reglamentos y florilegios de lecturas en su último libro *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*.

La respuesta sobre cómo leer el inventario de los libros fundacionales de la Biblioteca Pública, así como los instructivos de lectura y otros textos que abordan el tema, es simple: con imaginación histórica, parafraseando a Charles Wright Mills (Giddens, 2000), sin descuidar la interrelación propuesta por Roger Chartier entre el texto, el libro y los lectores así como tampoco los consejos de Robert Darnton pero con una fuerte vigilancia epistemológica.

LOS BENEDICTINOS

En el tomo octavo del *Diccionario histórico o biografía universal compendiada* se lee una breve biografía de Nicolas Jamin. En ella, se informa que el fraile benedictino francés, de

origen bretón, perteneció a la congregación de San Mauro. Nació en Dinan en 1730 y murió en París el 9 de febrero de 1782, "siendo prior del monasterio de S. Germán de los Prados. La mayor parte de las obras de Jamin no son otra cosa que compilaciones; pero el interés del objeto de que tratan lo ha sacado de aquella clase, y ha hecho que sean muy buscadas por las personas piadosas" (Diccionario, 1832: 77). Entre sus obras, con temprana traducción al castellano, se encuentran *El fruto de mis lecturas, o máximas y sentencias morales y políticas que compuso en francés el P. D. Nicolas Jamin, de la congregación de San Mauro, sacadas de varios autores profanos, a que añadió sus propias reflexiones para instrucción de las personas en sus diversos estados…*, los *Pensamientos teológicos relativos a los errores de su tiempo*, cuya edición parisina de 1769 fue "recogida por decreto del consejo" al reconocerse en esa obra la influencia de los jansenitas, por lo que el autor debió modificarla para que luego fuera traducida al italiano y al español. "*Tratado de la lectura cristiana, en el cual se esponen las reglas propias para guiarse los fieles en la elección de libros*, París, 1774" es otro de los libros que destacan del autor en el *Diccionario histórico* consultado. Estas dos últimas obras se encontraban en el libro de donaciones de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

La obra de Jamin se enmarca en la reacción francesa y cristiana contra los filósofos de la Ilustración, que tuvo su correlato en España. María Jesús García Garrosa y Francisco Lafarga (2009: 50) insertan la traducción del *Verdadero antídoto*… entre las numerosas obras de los apologistas franceses que se tradujeron al español para evitar "la descristianización de la sociedad". Los autores destacan algunos títulos de la reacción contraria al Iluminismo:

> *El oráculo de los nuevos filósofos, M. Voltaire, impugnado y descubierto de sus errores en sus mismas obras* de Claude-François Guyon (1769), así como *Los errores históricos y dogmáticos de Voltaire* (1771-1772) y el *Diccionario antifilosófico* (1793) de Claude-Adrien Nonnotte. De la abundante producción del padre Bergier, en gran parte traducida al castellano, puede mencionarse *El deísmo refutado por sí mismo* (1777), especialmente dirigido contra Rousseau; y del benedictino Nicolas Jamin el *Verdadero antídoto contra los malos libros de estos tiempos* (1784).

Gabriel Quijano (1784: III), traductor de Jamin, insertó un prólogo para dejar en claro que acuerda en la totalidad de los argumentos del libro. Desde la primera línea, para que no se tengan dudas, aclara que las intenciones del autor son "el persuadir y fomentar la lectura de los buenos libros, y apartarnos de la de los malos, mayormente de los impíos y libertinos". Estos libros no se pueden permitir en un Estado porque introducen la irreligión que destierra la obediencia y la sumisión de los vasallos del reino. Para afirmar su postura, reconocerá que hasta los protestantes ingleses opinan de la misma manera sobre la inconveniencia de la tolerancia frente a los libros libertinos. Bastará un fragmento de la carta pastoral del obispo de Londres, Edmundo Gibson, que el traductor benedictino cita para reforzar su postura contra los libros impíos.

> ¡Ojalá que el mal hubiera caído sobre los Autores solamente! Pero el anhelo con que se buscan estos libros, el aplauso con que han sido recibidos, y la aprobación que han logrado, son indicios tan sensibles del mal gusto general, que no se puede disimular. La industria de que se ha usado para esparcir estos libros y libelos en lo interior del Reyno, y entre nuestros vecinos para inficcionar nuestras Colonias, á donde se han llevado en gran copia, son pruebas de un odio tan claro y manifiesto contra el Evangelio… (Quijano, 1784: VIII).

Las metrópolis imperiales y baluartes religiosos compartían el mismo temor por la circulación de los impresos impíos y, aun así, circularon por América (Leonard, 1979; Torre Revello, 1940).

HORAS, LECTURAS Y LIBROS

A mediados del siglo xvii, en Inglaterra, el terrateniente y parlamentario William Drake, como lector voraz que era, llevaba un registro minucioso de sus lecturas al extractar párrafos suculentos, tal como lo recomendaba Erasmo de Rotterdam en su *De Copia*. Entre 1627 y finales de 1650, completó 37 cuadernos con fragmentos copiados de su puño y letra, tanto de sus lecturas de periódicos como de libros históricos o filosóficos, según narra Robert Darnton (2010: 155-165). En algunas entradas de sus cuadernos de extractos se encuentran fragmentos que iluminan su concepción de la lectura como un proceso de digestión para exprimir la esencia de los libros y apropiarse del saber.

> La carne que hemos tomado, mientras flote entera en nuestro estómago, es una carga, pero cuando deja de ser lo que era, acaba convirtiéndose en fuerza y alimento. Hagamos lo mismo cuando leamos un libro. No consintamos que las cosas que hemos recogido

de varios autores permanezcan enteras, pues entonces no serán nuestras; antes bien, esforcémonos por digerirlas y mezclarlas; si no, llenarán la memoria y dejarán el entendimiento nulo y vacío (Darnton, 2010: 166).

Para Drake, los libros eruditos, cuando el lector se aboca demasiado a ellos, lo distraen de los negocios, le ocupan demasiada memoria y, por ende, lo alejan de las tareas útiles, por lo que recomendaba la lectura frecuente de "apotegmas, proverbios, fábulas prudentes, discursos sabios… emblemas, estratagemas, juicios y frases formuladas en distintos momentos de la historia" (Darnton, 2010: 166).[2]

En Alemania, a fines del siglo xviii, el filósofo Johann Adam Bergk "consideraba probado que nunca se debía leer inmediatamente después de comer o estando de pie. Pero con una disposición correcta del cuerpo, se podía transformar la lectura en una fuerza benéfica. El 'arte de leer' exigía lavarse la cara con agua fría y pasear al aire libre, así como concentración y meditación" (Darnton, 1999: 194). En Francia, Jamin (1784: 86-87) creía que se debía emplear la mañana para leer los libros útiles y piadosos porque el espíritu está más libre en sus funciones, menos distraído y, por lo mismo, más apto para la reflexión. La misma postura recomendaba Erasmo, según Jamin, cuando escribía que "[l]a mañana, amiga de las Musas, es apta para los estudios; pero después de comer, jugad, pasead, o tened alguna conversación gustosa". El fraile benedictino, con amplios conocimientos de la literatura médica dieciochesca, argumentó que, después de

2. Deseo reconocer aquí la generosidad del Dr. Parada por mencionarme y facilitarme el sugerente libro de Robert Darnton.

comer, "los vapores suben del estómago a la cabeza, hacen sus funciones más lentas, y menos vivas; porque no son los trabajos del espíritu como los del cuerpo, al qual los alimentos animan mucho".

La íntima relación entre el cerebro y el estómago se encuentra en la obra del médico suizo francés Samuel Tissot (1786), que tuvo una amplia repercusión y circulación en Europa y América. En el libro *Aviso a los literatos y poderosos acerca de su salud, o Tratados de las enfermedades más comunes a esta clase de personas* […] se sostenía, según el paradigma de la medicina dieciochesca (Lindemann, 2000), que la alimentación y el clima influían sobre la personalidad. Los eruditos estaban propensos a las enfermedades por el frecuente trabajo del espíritu y el continuo descanso del cuerpo. Para el médico, cualquier persona que medita, estudia o lee, al ocupar su cerebro, se fatiga. Los nervios, que nacen del cerebro, se encuentran en relación con los nervios del estómago, por lo que, cuando se desordena el equilibrio dietario y se excede en las comidas, todo el cuerpo lo padece. Tissot abunda en la descripción de relatos clínicos como el del literato francés que, por dedicarse cuatro meses al estudio sostenido, perdió el cabello, la barba, las pestañas y, finalmente, las cejas. Otro caballero, en este caso inglés, estando en Roma se dedicó al estudio de las matemáticas por un par de meses y quedó ciego. Pidió que le leyeran en voz alta y al cabo de un tiempo, según Tissot, tampoco pudo usar su cerebro por haber abusado de la lectura sin descansar o caminar por los parques para cambiar el aire viciado del gabinete ni realizar la dieta adecuada para un erudito.

Después de comer se puede leer, según Jamin, libros que diviertan e instruyan el espíritu pero sin fatigarlo, por lo que

se evitará aquellos que exijan reflexiones profundas. La lectura exige su tiempo, su espacio y también su comida libre de grasas, de modo que la medicina dieciochesca desaconsejaba las masas hechas con manteca, las fritadas, las cremas y los pies de animales, los alimentos que contienen en sí mucho aire como las legumbres, las carnes naturalmente duras o endurecidas con el humo o la sal y todo aquello que sea tan ácido que obligue a trabajar al estómago más de la cuenta y entrar en tensión con el cerebro.

CRUCES

El libro de Samuel Tissot fue donado a la Biblioteca Pública de Buenos Aires por el dominico Luis José de Chorroarín. Tanto el libro de Jamin como el de Tissot aconsejaban al literato enfrentar sus tareas escriturarias e intelectuales antes de almorzar; era posible postergar la ingesta de alimentos para ampliar el tiempo provechoso de las lecturas. Entre los impresos medicinales que se encuentran en el libro de donaciones se menciona *El conservador de la salud o aviso a todas las gentes, para mantenerse con buena salud y prolongar la vida* de Achille Guillaume Le Bègue de Presle (1776). Allí no se aconseja leer en voz alta "inmediatamente después de comer, particularmente si se ha comido mucho, ni estando al frío o en donde corra ayre", en conjunción con las posturas antes mencionadas (Maggio Ramírez, 2013).

En 1821, el Dr. Saturnino Segurola, lector voraz y aplicado, asumió el cargo vacante de director de la Biblioteca Pública. Tal vez desde antes de hacerse cargo de la biblioteca llevaba un exquisito registro de sus lecturas. En el cuaderno

manuscrito bajo el título *Apuntes varios sobre física, química, historia natural y demás ramos profanos pertenecientes al estudio del D. D. Saturnino Segurola. Se puede llamar con propiedad esta obra Fruto de mis lecturas*[3] se encuentra en la entrada "Escribir", un fragmento transcripto del libro de Jamin. Segurola anota:

> El método de leer (comenta Jamin en su *Verdadero antídoto*) 'con la pluma en la mano y extraer lo que se encuentra de bueno y útil, respecto a la ciencia que se profesa por su estado, o por gusto, trae consigo muchas ventajas: ella estimula, y anima la atención del lector, y hace a la lectura más profunda: facilita la inteligencia de las cosas, que se imprimen más en la memoria con la repetición de su lectura, y es un excelente remedio contra el olvido. Como la memoria no es siempre fiel en manifestar lo que se la confía, lo suple la escritura; y todo fructifica baxo de este método. En fin, tiene la ventaja de aliviar al lector por medio de esta alternativa de operaciones. Todo lo cual lo dice Séneca en la epístola 87.

En un simple acto de transcripción se justifica su práctica. La lectura de las obras buenas y útiles se realiza con pluma en mano. Segurola lleva la consigna de Jamin al pie de la letra y completa varias páginas con su selección de fragmentos literarios para no olvidarlos. Con ese gesto, se incorpora a una larga tradición humanista como es la escritura de florilegios, *polyantheas*, repertorios de sentencias y lugares comunes. En el siglo XV, tras la invención de la imprenta, aquellos lectores

3. Agradezco al Dr. Jaime Peire el indicarme el documento de Segurola así como el permitirme, desinteresadamente, acceder a la copia digital perteneciente a su investigación en desarrollo en la UNTREF.

que no podían adquirir muchos libros, o bien contaban con un rudimentario latín, accedían a los repertorios de sentencias. Estos ofrecían modelos de frases, así como la posibilidad de contar con citas que eran utilizadas como fuentes para ostentar erudición (López Poza, 1990: 62). En palabras de Roger Chartier y Guglielmo Cavallo (1998: 39), "se leía para escribir, para la *compilatio*, que era el método peculiar de la composición de obras de la escolástica. Y se escribía con miras a la lectura." La redacción de un florilegio implicaba no solo el acceso a una excelente biblioteca sino también el cabal conocimiento de los autores clásicos y modernos para poder llevar a cabo la tarea compilatoria.

En la entrada "Comer al mediodía", Segurola recupera un fragmento de su lectura del *Hombre físico* del jesuita Lorenzo Hervas y Panduro donde se aconseja "comer tan tarde que sin cenar me pudiese acostar de noche a siete horas después de haber comido" para poder dedicar la mañana al estudio.

La circulación del *Verdadero antídoto...* durante los primeros años del siglo XIX no se puede reconstruir con los inventarios bibliográficos hasta ahora relevados, pero sí se puede aventurar que las escenas de lecturas y escrituras allí presentadas forman parte de las representaciones que los lectores hacen de sus prácticas. Según la propuesta de Robert Darnton, habría que cruzar estas construcciones discursivas sobre la lectura matutina con las prácticas de los lectores porteños. Las pocas fuentes que se han encontrado para fortalecer esta hipótesis son el reglamento de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, hallado por Parada (2009) en el Archivo General de la Nación, y la correspondencia de Chorroarín a Bernardino Rivadavia (Levene, 1938).

El reglamento de la Biblioteca Pública incluía, en una primera versión, la atención al público en horario vespertino pero Chorroarín propugnó por mantener el trabajo matutino. Desde 1812 hasta 1871, el horario no sufrió variaciones (Parada, 2009), a pesar de la queja de los lectores en la prensa. No es de extrañar que, en la década de 1830, cuando Marcos Sastre habilita el gabinete de lectura en su librería, mantenga un horario extendido "diariamente desde las 7 de la mañana hasta las 2 de la tarde, y desde las 5 hasta las 10 de la noche", como publicita en un aviso periodístico (Parada, 2008: 37). En una de las cartas que le dirigió el dominico a Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato, para convencerlo sobre la importancia de establecer el horario matutino, se lee:

> Las horas más propias de la lectura, y estudio son ciertamente las de la mañana; pues las de la tarde se necesitan para el descanso, y para conservar la salud por medio de un ejercicio moderado que facilite la digestión de los alimentos; y esto que tan necesario es a toda clase de personas, lo es mucho más a las dedicadas al estudio (Levene, 1938: 109).

El libro de Tissot es el único de los libros fundacionales citados que se encuentra en la Sala del Tesoro de esta institución, por lo que se pudo constatar que está firmado en su portada por Chorroarín como ex-libris. Sabemos, por lo que se comentó arriba, que la posesión no indica lectura pero puede aventurarse, de manera hipotética, que la argumentación de Chorroarín se encontraría sustentada en la lectura de Tissot por la utilización de diagnósticos similares. El

director que sucedió a Chorroarín no solo tenía experiencia en medicina por ser uno de los introductores de la vacuna antivariólica sino que, entre sus lecturas, se encontraban los textos de los religiosos Jamin y Hervás y Panduro, que propugnaban la mañana como el mejor horario del día para la lectura. Durante la gestión de Segurola, no se modificó el horario de atención al público de la biblioteca establecido por su antecesor.

CIERRE PROVISORIO

La pregunta por el horario de lectura a finales del siglo XVIII y principios del XIX deja de lado, en el esquema de análisis de Roger Chartier, el vértice centrado en la bibliografía material pero potencia la tensión entre las prácticas lectoras, con sus espacios y gestos olvidados, y el texto que las representa. Por otro lado, se recuperaron algunas de las fuentes propuestas por Darnton para el desarrollo de la Historia de la Lectura, tales como la literatura autobiográfica y el reglamento de la Biblioteca Pública, poco utilizadas en la historiografía argentina (Parada, 2009 y 2012).

En los textos relevados se representa la lectura matutina como la indicada para el estudio porque permitiría una mejor concentración. La salud del erudito es otro de los tópicos a los que apuntan los libros fundacionales de la Biblioteca Pública. Tanto más tarde se almuerce, mejor se podrá aprovechar la mañana, sin que entren en tensión las funciones del estómago y las del cerebro. Reescritura en clave fisiológica de la histórica tensión entre cuerpo y alma. Tanto los libros medicinales como los "instruccionales" tienen una fuerte carga valorativa sobre la lectura, al desdeñar la ficción por sobre el ensayo. En las argumentaciones de Tissot (2003) en su obra *El onanismo*, la narrativa fue propia del género femenino, a pesar de las demostraciones en contrario realizadas por Darnton (2000) cuando encuentra las lecturas de Jean Ranson y su pasión malsana por *La nueva Heloísa* de Rousseau. La literatura filosófica de la Ilustración también fue signada de forma negativa, principalmente, en el *Verdadero antídoto*.

La selección que realizó Segurola de Jamin pone en evidencia no solo la lectura como trabajo intelectual sino que recupera el cuerpo como soporte de la oralidad y como instrumento paleográfico.

Sería apresurado afirmar que el horario de la Biblioteca Pública de Buenos Aires se debe a la lectura realizada por Chorroarín de la obra de Samuel Tissot. Pero, tal vez, al contrastar con la lectura que Segurola hace de Hervás y Panduro, los consejos de Jamin y de Le Bègue de Presle, se podrían encontrar puntos en común para insertar el reglamento de dicho establecimiento en esa serie como el eslabón que articula el texto con las prácticas matutinas en compañía de las musas.

FUENTES

Jamin, Nicolas. 1784. *Verdadero antídoto contra los malos libros de estos tiempos, ó Tratado de la lectura christiana: en el que no solo se propone el método que se debe observar en la lectura de los buenos libros ... sino que ... se descubre el veneno que ocultan muchos de los modernos ...* Traducido por Gabriel Quijano. Madrid: por don Miguel Escribano.

Le Bègue de Presle, Achille Guillaume. 1776. *El conservador de la salud, ó Aviso todas las gentes acerca de los peligros que les importa evitar para mantenerse con buena salud, y prolongar la vida*. Madrid: Oficina de Pedro Marin.
[Nota: Este trabajo se encontraba en composición cuando se publicó *Pertenencias extrañas. Libros en Buenos Aires: 1815* de César A. García Belsunce (Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 2013) donde se sostiene que *El conservador de la salud* fue escrito por el escocés Robert Whytt y traducido al francés por "Lebègue de Presle" (sic). El libro revisado por Achille-Guillaume Le Bègue de Presle de Robert Whytt fue *Observations on the nature, causes, and cure of those disorders which have been commonly called nervous, hypochondriac, or hysteric: to which are prefixed some remarks on the sympathy of the nerves* y se publicó con el título *Les vapeurs et maladies nerveuses, hypocondriaques, ou hystériques, reconnues & traitées dans les deux sexes* (1767)].

Levene, Ricardo. 1938. *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Segurola, Saturnino. «Apuntes varios sobre física, química, historia natural y demás ramos profanos pertenecientes al estudio del D. D. Saturnino Segurola. Se puede llamar con propiedad esta obra Fruto de mis lecturas». AGN, BN, 53.

Tissot, Samuel-Auguste. 1786. *Aviso a los literatos, y poderosos acerca de su salud, o tratados de las enfermedades más comunes a esta clase de personas. Con varias observaciones sobre el Cólico plumbeo o metálico, el vómito negro, y otras diferentes objetos de Medicina.* Madrid: Imprenta de Benito Cano.

Tissot, Samuel-Auguste. 2003. *El onanismo*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Caillet-Bois, Ricardo Rodolfo. 1929. *Ensayo sobre el Río de la Plata y la Revolución francesa*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Chartier, Roger y Daniel Roche. 1980. El libro. Un cambio de perspectiva. En *Hacer la historia. 3, Nuevos temas*, editado por Jacques Le Goff y Pierre Nora. Barcelona: Laia. p. 119-140.

Chartier, Roger, Noemí Goldman, y Leonor Arfuch. 1994. Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier. En *Entrepasados. Revista de Historia*. No. 6, 133-148.

Chartier, Roger y Guglielmo Cavallo. 1998. Introducción. En *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus. p. 9-56.

Chartier, Roger. 1999. *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, Roger. 2000. *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones*. Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger. 2002. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger. 2006. La quimera del origen. En su *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial. p. 15-54.

Darnton, Robert. 1999. Historia de la lectura. En Burke, Peter, ed. *Formas de hacer Historia*. Madrid: Alianza. p. 177-208.

Darnton, Robert. 2000. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.

Darnton, Robert. 2008. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.

Darnton, Robert. 2010. Los misterios de la lectura. En *Las razones del libro futuro, presente y pasado*. Madrid: Trama. p. 155-176.

Diccionario. 1832. *Diccionario histórico, ó Biografia universal compendiada [ed. by N. Oliva].* Vol. 8. Barcelona: Librería de los editores Antonio y Francisco Oliva.

Furlong, Guillermo. 1969. *El trasplante cultural y social del Río de la Plata 1536-1810. El trasplante cultural: Arte*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina.

García Garrosa, María Jesús y Francisco Lafarga. 2009. La historia de la traducción en España en el siglo XVIII. En Sabio, José A. *La traducción en la época ilustrada: (panorámicas de la traducción en el siglo XVIII)*. Granada: Comares. p. 27-80.

Gaskell, Philip. 1999. *Nueva introducción a la bibliografía material*. Gijón: Ediciones Trea.

Giddens, Anthony. 2000. *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.

Goffman, Erving. 1997. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Leonard, Irving Albert. 1979. *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.

Libro y lectura en la "Encyclopédie". 2007. Valencia: Museu Valencià de la Illustració i de la Modernitat. <http://www.aiceivirtual.org/es/item/64> [Consulta: 4 de abril 2013].

Lindemann, Mary. 2000. *Medicina y sociedad en la Europa moderna, 1500-1800*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.

López Poza, Sagrario. 1990. Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica. En *Criticón*. No. 49.<http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/049/049_061.pdf.> [Consulta: 4 de abril 2013].

Maggio Ramírez, Matías. 2013. La biblioteca indigesta: una hipótesis sobre el horario de atención a los lectores en la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En *Información, cultura y sociedad*. No. 28, 73-89.

McKenzie, Donald F. 2005. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.

McKerrow, Ronald B. 1998. *Introducción a la bibliografía material*. Madrid: Arco Libros.

Parada, Alejandro E. 1998. *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta mercantil (1823-1828)*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.

Parada, Alejandro E. 2008. *Los libros en la época del salón literario: el catálogo de la Librería Argentina de Marcos Sastre (1835)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

Parada, Alejandro E. 2009. *Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la Revolución de Mayo (1810-1826)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Parada, Alejandro E. 2012. *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

[Primeras donaciones de libros a la Biblioteca Pública de Buenos Aires]. 1944. En *Revista de la Biblioteca Nacional*. Vol. 10, no. 30, p. 493-504.

Sarlo, Beatriz. 1985. *El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927*. Buenos Aires: Catálogos Editora.

Terán Elizondo, María Isabel. 2010. Dos momentos en la recepción de una obra: el caso del *Verdadero antídoto contra los malos libros*... de Nicolas Jamin, presente en una biblioteca zacatecana. En García Aguilar, I. et. al. *Leer en tiempos de la Colonia: imprenta, bibliotecas y lectores en la Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. <http://libros.metabiblioteca.org/handle/001/222.> [Consulta: 4 de abril 2013].

Torre Revello, José. 1940. *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Weinberg, Félix. 1977. *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette.

RESUMEN

En el presente texto se intenta responder la pregunta por la representación de la lectura matutina en los libros fundacionales de la biblioteca pública, a la vez que se reflexiona historiográficamente sobre cómo dar cuenta de esta problematización dentro del marco de la nueva historia del libro y la lectura.

DATOS BIOGRÁFICOS

Matías Maggio Ramírez. Licenciado en Comunicación (UBA) y candidato al doctorado en Ciencias Sociales (UBA). Fue becario por concurso del Fondo Nacional de las Artes y de la Biblioteca Nacional Argentina. Actualmente, se desempeña como Profesor Adjunto en la carrera de Gestión del Arte y la Cultura de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

TERCERA PARTE

Cuando la química desembarca: la articulación del análisis químico en la Historia de la Edición